

LA CAJA DE MÚSICA

Allí estaba, al fondo del desván, enterrada bajo un interminable amasijo de bolsas repletas de ropa vieja. La caja de música. Por un momento dudó si dar la vuelta y volver por donde había venido. La caja de música era un objeto precioso. El secreto que contenía podría hacer temblar los cimientos de su vida. Todavía no había decidido si quería arriesgarse a saber la verdad, una verdad que podría ser dolorosa y difícil de enfrentar.

Con paso vacilante se adentró en la penumbra. El haz de luz que penetraba a través del pequeño ventanuco situado a la derecha de la puerta hacía bailar las partículas de polvo a su alrededor, confiriendo a la escena un aura de irrealidad. Se vio obligada a agachar la cabeza debido a que en esa parte del desván la altura del techo descendía e impedía que un adulto se paseara erguido sin golpearse. Le vino a la memoria el recuerdo de aquella época muchos años atrás en que correteaba por allí sin preocuparse de nada más que de rebuscar entre la ropa vieja para encontrar algo que pudiera usar como su próximo disfraz, algo original y vistoso que su madre adaptaría para ella. Por un momento su vista se desvió hacia el ventanuco. El cielo estaba claro, azul salpicado de pequeñas nubes empujadas por una ligera brisa de principios de verano. Deseó acomodarse en el suelo y contemplar aquellas nubes, estudiar sus formas y tratar de averiguar sus parecidos, como cuando era niña, como cuando las preocupaciones no existían.

El inconfundible sonido de las gaviotas hizo que sus pasos se dirigieran hacia la luz. Alzó sus talones para quedarse de puntillas y que sus ojos quedaran a la altura del cristal. A pesar de la fina capa de polvo que lo cubría todo, alcanzó a ver parte de las embarcaciones amarradas en el pantalán. Toda su vida había transcurrido en esa casona a orillas de la mar, rodeada de barcos de pesca y embarcaciones de recreo, con el olor del salitre pegado al cuerpo como una segunda piel. Sabía que estaba condenada, que ya

no podría vivir sin esa sensación. Pasara lo que pasara, sabía que pertenecía a ese lugar. En ningún otro podría sentirse feliz.

Respiró hondo y se separó del cristal. Volvió a centrar su atención en el amasijo de bolsas que cubrían el fondo del desván y en el pequeño objeto que había ido a buscar. Se aproximó sin prisa. Notaba como una gota de sudor se deslizaba por su espalda provocándole un escalofrío cargado de angustia. Hacía calor allí. En un par de semanas el aire del desván resultaría asfixiante.

Se arrodilló frente a la caja de música y, por un instante, se quedó allí paralizada. Con un profundo suspiro acompañando a sus manos temblorosas, sujetó la caja por ambos lados y la extrajo de su improvisado escondite. Un pedazo de tela de color verde aguamarina había quedado prendido de una de sus bisagras doradas y, al extraer la caja, arrastró consigo lo que parecía ser un vestido de encaje descolorido, hecho jirones en su parte delantera, como si un animal salvaje o una fiera descontrolada lo hubiera destrozado con sus afiladas garras. Al principio le costó reconocer en aquel pedazo de tela desgarrada el vestido que su madre había usado al casarse con su padre. Sólo lo había visto en una ocasión, en una foto guardada al fondo de un cajón en la habitación de su abuela. Recordó haber visto lágrimas en los ojos de su abuela al mirar aquella foto, pero ella era pequeña entonces, demasiado pequeña para darse cuenta de lo que sucedía.

Apoyada contra la pared izquierda del desván había una antigua cómoda de madera oscurecida por el paso del tiempo y repleta de platos de porcelana que había pertenecido a su abuela y, junto a ésta, un butacón desgastado y raído, el mismo donde su abuela solía sentarse frente a la chimenea para contarle todo tipo de historias. Con la caja de música firmemente sujeta por ambos extremos, se sentó en el butacón y giró la pestaña que mantenía cerrada la tapa. Estaba roñosa y rozaba en el giro, pero no tuvo ninguna dificultad para abrirla. Levantó la tapa con suavidad y una dulce melodía se

escapó entre sus dedos. La reconoció enseguida: Tchaikovski en "El Lago de los Cisnes", la favorita de su madre.

El interior de la caja era de terciopelo rojo y contenía un mechón de pelo rubio sujeto con un lazo de color verde. Nada más. No había nada más. La desilusión se reflejó en su rostro surcado por la preocupación. ¿Era aquel el legado de su madre, el secreto nunca compartido?

Recordaba perfectamente el momento en que su madre le cortó aquel mechón. No tendría más de ocho años y se acercaba el verano. El tiempo invitaba a preparar la temporada de baño y su madre pensó que un corte de pelo le vendría bien. No hubo manera de hacerla cambiar de opinión, aunque lloró durante días. En compensación, guardó un pequeño mechón para “recordar siempre las pequeñas cosas que forman parte de nosotros y nos hacen ser lo que somos”.

Sacó el mechón de pelo y lo depositó en la cómoda a su lado para poder echar un segundo vistazo al interior de la caja, esta vez más minucioso. El terciopelo rojo cubría todo el fondo, incluyendo una pequeña franja en un lateral destinada a colocar anillos que, en ese momento, estaba vacía. Dio la vuelta a la caja por si encontraba alguna ranura o cavidad que le hubiera pasado desapercibida hasta ese momento, pero nada de lo que vio le pareció inusual. Volvió a revisar el interior, pasó su mano lentamente por el terciopelo, como acariciándolo. Pensó en la cantidad de veces que su madre habría paseado sus dedos por allí y la imaginó revisando sus tesoros en alguno de sus pocos momentos de descanso. La echaba de menos. Había sido el pilar de su vida durante mucho tiempo y ahora se sentía tan sola...

Se dio cuenta con renovada curiosidad de que una de las esquinas del terciopelo se hallaba más desgastada que las demás. Un escalofrío de ansiedad le recorrió el cuerpo mientras trataba de levantarla. Tras intentarlo varias veces sin conseguir ningún resultado, se echó las manos a la cabeza para retirar una de las horquillas que sujetaban su melena e introdujo uno de los extremos por debajo del terciopelo, allí donde éste se mostraba más vulnerable. Ayudándose con los dedos, logró que la capa superficial de la

caja cediera dolorosamente. Para su asombro, había una cavidad oculta bajo el terciopelo, un espacio de apenas tres centímetros de profundidad, suficientes para guardar lo que parecían unas cartas o manuscritos amarillentos.

Con dedos temblorosos extrajo el pliego de papeles de su improvisado contenedor. Una vez que los tuvo en la mano dejó a un lado la caja de música y se acomodó en el butacón dispuesta a llegar hasta el final. Revisaría aquellos papeles, el legado de su madre, hasta entender qué les confería la importancia que su madre quiso darles en aquella última charla antes de que los médicos la sedaran para siempre.

"Querida Julia,

Es muy triste para mí escribirte en estos términos, sin poder dirigirme a ti poniendo al comienzo de mi carta el título de querida esposa o algo similar que te demuestre que cada día sin falta me acuerdo de ti. Sé que ha pasado mucho tiempo desde que estuvimos juntos por última vez. Sé que he sido injusto contigo y siento en el fondo de mi alma la terrible locura que cometí"

Julia era el nombre de su madre. ¿Quién se dirigía a ella de esa manera?

La carta estaba fechada en el mes de abril de 1951. Por aquella época contaba con cuatro años de edad. Una niña inocente incapaz de darse cuenta de nada.

"El día en que decidí marcharme para no volver no sabía que os echaría tanto de menos a la pequeña Elena y a ti. Han sido tiempos difíciles para todos y en Emilia creí encontrar un bálsamo con el que curar mis heridas. Tú estabas tan ocupada desde que nació Elena, y yo me sentía...desplazado, ignorado, abandonado. Emilia estaba tan cerca... Sé que era tu mejor amiga, tu compañera desde la infancia, y eso lo hace todavía más difícil. Pero ella me consoló en mis momentos de debilidad, me dio su cariño, me entregó aquello que tú no me dabas. Por

un tiempo me hizo feliz. Ahora ese tiempo ha pasado. La enfermedad se ha llevado a mi bella Emilia y el destino ha querido que de nuevo me encuentre sólo, abandonado. Es por eso que me dirijo a ti. Hubo una época en la que fuimos felices juntos, en la que reíamos y nos divertíamos. Ahora no tengo nada, salvo una salud un tanto precaria y muchas ganas de poder abrazaros a la pequeña Elena y a ti. Mis anhelos de juventud han pasado, pero los buenos tiempos podrían volver. Para los dos. Podríamos volver de nuevo a ser felices si tú me aceptaras a tu lado. La pequeña Elena necesita un padre que la cuide y le muestre el camino correcto. Tú necesitas un hombre que te proteja y te dé su calor. Por eso te pido que me aceptes de nuevo a tu lado, que me recibas y me abras de nuevo tu corazón.

Espero con anhelo tu contestación.

Un beso de éste que te quiere,

Alejandro. "

Alejandro. Alejandro. Ese nombre daba vueltas en su cabeza sin parar. Era su padre. Alejandro. El mismo que ella creía muerto. Así se lo contaron siendo niña.

- Tu padre salió un día de casa para ir al frente, a la guerra, y no volvió más - era la explicación de su madre.

- Y ¿qué le pasó? ¿Dónde está su cuerpo? ¿Puedo llevarle flores?

Tenía la cara humedecida por las lágrimas. Todo este tiempo su madre había sabido la verdad, le había negado la existencia de un padre. ¿Viviría aún?

Las preguntas se agolpaban en su garganta pugnando por brotar.

Cerró los ojos y se imaginó a su madre el día que recibió aquella carta. ¿Qué pensamientos habrían pasado por su cabeza? ¿Se habría emocionado? ¿Se habría enfadado? ¿Se habría planteado siquiera darle una segunda oportunidad?

Tenía vagos recuerdos de su madre de la época en que ella era niña. Recordaba que la acompañaba al colegio y la iba a recoger. Cada noche se acostaba a su lado y le acariciaba el cabello hasta que se dormía. Nunca sintió la falta del padre. Se había habituado a ella. Aunque sí había tenido siempre cierta curiosidad por saber cómo era, quién era.

Abrió los ojos y se paró un momento a contemplar el papel, esas pocas letras que tanto significaban. No había sobre, ni sello, ni matasellos. Sólo una fecha y un lugar: Toulouse, 12 de abril de 1951.

Dejó a un lado la carta y se frotó los ojos. Centró su atención en el siguiente pliego de papel. Estaba amarillo por el paso del tiempo, y arrugado, muy arrugado, como si alguien hubiera hecho una bola con él para tirarlo a la papelera, pero posteriormente se hubiese arrepentido y hubiera tratado de recomponerlo de nuevo. Su lectura no dejaba lugar a dudas.

"Querido Alejandro,

La vida pocas veces se nos muestra como la hemos soñado y, por desgracia, nos ofrece más desazones que alegrías. Con la edad y el paso del tiempo, algunos aprendemos a tomarla según viene y, en ocasiones, aunque sea en pequeñas dosis, a disfrutarla.

La pequeña Elena es feliz. Tiene en mí a un padre y una madre que la cuida con amor.

En cuanto a mí, el frío que una vez sentí se ha templado y ahora me permite vivir sin dolor.

Te deseo una buena vida y que encuentres tu camino cuanto antes. Nosotras ya hemos encontrado el nuestro.

Con cariño,

Julia."

Era evidente que su madre había escrito aquella carta con mucho dolor. Podía imaginarla leyendo y releiendo una y otra vez aquellas letras, llorando sobre ellas, estallando de rabia y queriendo destruirlas, arrugarlas, romperlas, tirarlas, como él había querido hacer con su vida. Pensó en ella una vez más. Con su estatura y complexión podría haber pasado por una mujer débil y apocada, pero nada más lejos de la realidad. Julia era una mujer que irradiaba energía y calor. Por eso mismo podía sentir en ese momento su respiración, cómo la ira daba paso a la contención y el sosiego. Podía imaginarla guardando ambos pliegos de papel en su caja de música, ocultos a la vista de los demás, la carta causante de su desazón y la respuesta nunca enviada aunque nunca olvidada.

Se levantó pesadamente del desgastado butacón y dio unos pasos hacia el ventanuco. En el exterior la tarde avanzaba inexorablemente, pero para ella el tiempo se había detenido. ¿Qué podía hacer ahora que sabía la verdad? ¿Qué habría querido Julia que hiciese? Con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en el cielo, dejó que poco a poco la oscuridad la envolviera con su fino manto y lloró.